

# La liberación de la ciudad

M. VÁZQUEZ MONTALBÁN

Hay quien ha escrito que esta ciudad, el 26 de enero de 1939, se dio el abrazo de la paz. Cuidado, pues, con los abrazos de la paz; que no vuelvan a repetirse. Me planteé melancólicamente esta reflexión el pasado jueves, en uno de esos malos días históricos de la colección completa de malos días históricos que tiene este país. Comparaba el énfasis que durante más de 30 años puso el vencedor en recordarnos que nos había liberado y, en cambio, las pocas ganas que hemos tenido en autodesagraviarnos y utilizar los 26 de enero de los últimos años en proclamar que esta ciudad fue ocupada, que este país fue ocupado, ocupados los vivos y los muertos e incluso ocupados los que aún no habíamos nacido.

Los testigos directos cuentan que el 26 de enero la mayor parte de la población quería paz y pan, y por eso acogieron "el paso alegre de la paz" sin fijarse demasiado en el color de las nuevas banderas ni en el sentido de los nuevos himnos. Y hubo pan, fugazmente. Y luego vino lo que vino: represión y racionamiento para la mayoría y el estraperlo en gran escala para una minoría. Presiento que al recuerdo de la posguerra le está pasando lo que a todo recuerdo: se disuelve en el tiempo y finalmente sólo queda de él lo que dicen los grandes diccionarios enciclopédicos. Si uno pudiera recuperar toda la vida que sintetizan los diccionarios enciclopédicos, llenaría sus páginas de sufrimiento histórico oculto. El diccionario enciclopédico dice que bajo el reinado de fulanito florecieron las artes y las letras y reprimió con mano dura las turbulencias sociales, por ejemplo. Pero si resucitaras a los súbditos, te lo contarían todo, absolutamente todo, y resultaría que fulanito rey fue un matarife indocumentado rodeado de escritores de panegíricos y de pintores de cámara. Las generaciones ya no se transmiten la memoria de unas a otras, y si lo hacen, los rostros concretos de los verdugos y las víctimas van perdiendo el rictus diferencial y acaban siendo una misma cara, casi una prueba parapsicológica.

Por lo visto y oído, me temo que el 26 de enero de 1939 es ya casi como una cara de Bélmez, en la que no puedes distinguir si se trata de **Franco** o de **Companys**, o el rostro de un prepotente oficial ocupante o de un destruido fugitivo que trata de salvar la piel en los caminos de Francia. En el día de autos nos reunimos una serie de representantes de *Fuerzas y Debilidades de la Cultura, S. L.*, para glosar, desde diferentes pers-



Barceloneses presenciando la llegada "del paso alegre de la paz" de las fuerzas ocupantes el 26 de enero de 1939.

pectivas y memorias, el 26 de enero barcelonés de 1939. Poco público y casi todos en edad de haber vivido aquel día y de venir a comprobar si sus recuerdos se parecían a nuestros recuerdos o a nuestros saberes adquiridos. Aquel día no sólo se ocupó físicamente esta ciudad y, en cierta medida, la conciencia social más destruida por el dramatismo de la guerra. Aquel día también se ocupó la memoria de este país, y durante décadas estuvo prohibido recordar en voz alta todo lo que el régimen considerara recuerdos subversivos, aunque fueran recuerdos objetivables.

## Atrofia de la memoria

Y aquella plaga de amnesia ha dado sus resultados, porque no se ha transmitido una experiencia suficientemente y se ha atrofiado en muchas gentes el mecanismo del recuerdo, la necesidad depuradora de la propia memoria. La memoria del vencido deja de ser valor de uso y valor de cambio 50 años después, cuando sobrevivir ya es otro rollo, otro mal rollo. Pero a todos los que tenemos recuerdo directo de la posguerra, aunque fuera desde la estatura de la infancia, nos parece que vuelven a matar a nues-

tros entrañables vencidos cuando los olvidan o cuando se les aplica el tercer grado de la pasteurización, y que hay historias del abuelo de la familia Cebolleta que no se merecen la obsolescencia ni la brutal simplificación del diccionario enciclopédico o la asepsia de la historiografía con voluntad de instalación y eternidad.

Porque lo cierto es que aquí se presentaron unos desalmados históricos que con la excusa de liberarnos nos aplicaron la ley del embudo y nos secuestraron buena parte de nuestras más elaboradas voluntades durante más de 30 años. Y además, unos desalmados históricos con sentido del rechineo que cada año celebraban su victoria, nos envolvían con su victoria, nos la inyectaban en la memoria esperando que su victoria les sobreviviera. ¿Cómo se puede transmitir esa sensación de secuestro, de *desaparecido* histórico, vivida día tras día, negación tras negación? Tal vez poniendo en duda, no ya que esta ciudad fuera liberada en 1939, sino que esta ciudad esté realmente liberada hoy, 50 años después. En su cerebro colectivo hay huellas del bisturí extirpador del vencedor y en sus bancos de datos empiezan a desaparecer los que no le sirven para futuros balances: 1992, 2000, 2092... Yo ya me pierdo.